

Prólogo

Repetición de la Comedia
~El Herrero Armonioso~

ΛΡΞΘΓΛΤ

Δυσπρόν νι δ' εἰ πο Μοτομαρτυ πο λα
Μαζι:τα+τ:ινυδανουεα

Siempre soñaba con ello.

Su tierra natal abrazada por un mar de llamas.

En la antigua capital, incontables sombras deformes bailaban, y las horribles garras y colmillos generaban una lluvia de sangre fresca. Los gritos apilados resonaban como lamentos de la propia tierra.

El castillo en ruinas y la ciudadela, que una vez conocieron la gloria, yacían como los cadáveres de gigantes caídos.

El cielo estaba frío, oscuro y distante.

La noche, sombría y azulada, se decoraba con fragmentos rojos de fuego, envuelta en humo negro, evocando un fugaz crematorio.

Si hubiera sido un funeral para los muertos, al menos habría habido alivio.

Incluso en una batalla entre humanos, al menos quedaban vencedores y vencidos.

Pero esto era solo una «comida».

Los aterradores monstruos gruñían de hambre mientras se relamían observando a sus presas, quienes se apiñaban dentro de los altos y gruesos muros del castillo, devorándolas sin piedad. Incluso los cadáveres eran engullidos. No nacían ni vencedores ni vencidos. Solo llenaban el estómago de los monstruos que reían mientras hacían crujir sus mandíbulas y gargantas con la risa. Si existía un momento en la vida de una persona en que el esfuerzo era en vano, seguramente era este. Nadie apareció en ese sueño —en esos recuerdos del pasado— para vengar la indignación de las almas que no pudieron retornar al cielo.

Siempre se preguntaba.

Si existían los dioses que crearon el mundo, ¿se burlarían de este banquete cruel desde lo alto?

La misión que los humanos habían impuesto a su ganado, ahora les tocaba a ellos soportarla. ¿Dirían eso?

Era una lógica cruel. Pero también era la verdad.

Una vez caídos del lugar de los gobernantes, tanto los humanos como los semihumanos se convertían fácilmente en los conquistados.

El destino de aquellos que se doblegaban ante la violencia era, en esencia, la humillación y el sometimiento. Esa era la ley no escrita del mundo. Por eso, los dioses no nos salvaban, porque eso era igualdad. Eso era justicia.

Alguien lo había dicho, y era una razón bastante convincente. Si no aceptabas esto, lo único que podías hacer era odiar a esos seres omniscientes y omnipotentes que no te salvarían.

En una era de desesperación, esperando el fin, aceptar que este era el destino era probablemente el camino del sabio.

Por lo tanto, siempre llegaba a la misma conclusión.

Que aquellos que rechazaban ese camino de los sabios eran los que llamábamos «Héroes».

Aunque fuera hipocresía, aunque fuera una resistencia sin sentido, las personas llamaban «héroes» a aquellos que luchaban hasta el final. Los «héroes» dirían, y con sus imponentes espaldas lo mostrarían:

Aunque este fuera el destino impuesto por los dioses.

Aunque fuera la expiación de la humanidad por devorar a otros seres vivos sin cesar.

Gritarían «¡Resiste!» con un rugido feroz.

Incluso las bestias mostrarían sus colmillos hasta el final para no ser devoradas. Los animales, aunque siendo ganado, se rebelarían con furia.

Si eso era así, los humanos también debían resistir.

Por eso, ese chico había estado corriendo todo el tiempo.

Con una mano sujetaba una mano más pequeña que la suya, y con la otra abrazaba un libro.

Corría a través de la multitud que huía aterrorizada, a veces rozando a la gente, mientras los gritos agónicos de los que eran devorados justo detrás lo perseguían. Luchaba desesperadamente contra el miedo y las lágrimas, avanzando siempre hacia adelante. Apretaba la mano de la niña que lloraba tan fuerte que casi parecía que nunca la soltaría, corriendo sin descanso.

El chico y la niña habían perdido a su padre y a su madre. No aceptaban su destino como el de dos niños sin protección, como pequeñas vidas sin amparo. Esa terquedad fue lo que mantuvo con vida a ambos. Siguiendo las enseñanzas escritas en el libro, el chico se rebeló contra la «verdad» del mundo.

Entonces, ¿era él un «héroe»?

No, no lo era.

Si hubiera sido un «héroe», habría salvado a diez.

Si fuera un «héroe», habría rescatado a «cientos» o a «miles».

El chico, que no era un «héroe», solo pudo salvar a «uno».

Después de escapar de su tierra natal, donde los gritos de dolor no cesaban, se arrodilló sobre el suelo en la cima de un acantilado, desde donde observaba la ciudad arder como un infierno.

A su lado, una niña dormía exhausta de tanto llorar.

La gran hazaña del chico no era una de la cual debiera arrepentirse.

Pero esa escena también era un símbolo rotundo que le recordaba su realidad.

Antes de maldecir su impotencia, ya lo había comprendido:

Sus brazos delgados y débiles nunca serían los de un «héroe», y solo podía salvar a uno, como la niña que dormía ante él. Ese era su límite.

El libro resbaló de sus manos y cayó al suelo, ardiendo con un crujido.

Sin que él lo notara, las chispas lo habían alcanzado, y las llamas carmesíes lo envolvían, casi consumiéndolo por completo.

Dentro de ese libro, había un «héroe».

Un gran «héroe de fuego» que salvó a muchos, pero que aun así no pudo proteger a incontables otros. A pesar de ser llamado «necio», continuaba luchando, desgastando su cuerpo y alma.

Por eso...

Por eso.

Por eso.

El chico lo pensó.

En ese momento, lo juró con claridad.

Si incluso el «héroe» que los había salvado en la historia era insultado como un «necio», entonces él mismo se convertiría en alguien aún más, mucho más «necio».

Por ejemplo, ¿qué tal si...?

Si no podía ser un «héroe», pero aun así se llamaba a sí mismo «héroe».

Si alguien tan necio como él se mostraba ante el mundo, ¿no haría que aquellos con más poder o valentía que él se enfadaran, se rieran y finalmente se levantaran?

Si al lado de alguien que solo podía salvar a «uno» aparecía alguien capaz de salvar a «diez», y detrás de él o ella había quienes pudieran rescatar a «cien», y más allá quienes salvaran a «mil»,

entonces ese camino sería una «ruta de luz». Si esa ruta atravesara el tiempo y el espacio, en algún momento se convertiría en un «mito».

Con ese pensamiento dependiente de otros, lejano y completamente irrealizable, el chico soñó durante la noche de desesperación, y siguió pensando.

Y cuando cruzó la oscuridad, que parecía que nunca terminaría, y vio el brillante amanecer que nacía en el horizonte, lo comparó con un rayo de esperanza.

En esa mañana de comienzos, el chico renunció a rendirse.

Desde ese día, el chico guardó en su corazón el «deseo de ser héroe».

El nombre del chico era necio.

Su nombre fue Payaso.

Su verdadera identidad, la de un barco que anhelaba ser un héroe.

Siempre soñaba.

La tragedia de aquel entonces nunca desaparecería al cerrar los ojos.

La masacre de ese día quedó grabada en lo más profundo de su corazón, y aún hoy impulsaba su alma.

Buscando una comedia que reemplazara a aquella escena.

Por eso...

Hasta ahora, y de aquí en adelante, lo que Argonauta, el Payaso, seguiría buscando sería... una ridícula comedia.



—.....Ugh...

Sintió cómo sus párpados temblaban.

El sueño, en llamas rojas, había llegado a su fin junto con el héroe que se consumía en la última página del libro, y su consciencia, que antes estaba borrosa, comenzó a emerger rápidamente.

Empujando la oscuridad que se acumulaba tras sus párpados, lentamente, con esfuerzo, abrió los ojos.

—...¿El cielo? —Lo que vio fue el cielo nocturno, con la luna acompañada de estrellas.

Su garganta seca y sus labios soltaron un murmullo, y la sangre comenzó a fluir, haciendo que los engranajes de sus pensamientos empezaran a girar.

El suave viento y el frío que traía consigo, el olor a tierra, la luz de las estrellas que parecía atraer sus ojos.

Sus sentidos empezaron a recolectar información rápidamente.

—¿Dónde estoy...?

Era de noche, al aire libre.

Estaba tendido de espaldas.

Justo cuando comenzaba a darse cuenta del tiempo y el lugar, una voz le habló.

—¿Te has despertado?

—¡! —Argonauta giró la cabeza hacia su hombro derecho.

Lo primero que vio fue el color rojo intenso de unas llamas que lo deslumbraron.

Y, al otro lado de la fogata, un joven de cabello rojo ajustando el fuego.

—¿Tú eres...? Ugh...

—Será mejor que no te muevas. Tienes más heridas de las que podrías soportar. Parece que te dieron una buena paliza, ¿verdad?

Intentó incorporarse, pero un dolor recorrió todo su cuerpo.

Volvió a recostarse sobre la capa que estaba extendida en el suelo. Al ver cómo Argonauta sufría, el joven rodeó la fogata y se acercó a él.

—Además, te metiste en las alcantarillas en ese estado. Evité el tétanos con mi «poder», pero... sigue quieto por ahora.

Los dolores en cada articulación cubrieron su audición, y Argonauta, con los ojos cerrados y frunciendo el ceño, finalmente soltó un profundo suspiro tras un breve lapso.

Con gran esfuerzo, logró controlar el dolor, sus pestañas temblaron, y levantó la vista hacia el joven.

—...Tú eres, si no me equivoco... ¿Crozzo?

—Sí. Crozzo, el herrero, y también el que los salvó a ambos.

Conectó los recuerdos más recientes antes de desmayarse y asoció al hombre frente a él con el nombre.

Crozzo esbozó una sonrisa amigable, acompañado de una explicación que no sonaba en absoluto arrogante.

—¿Dijiste «a ambos»...? ¡.....!

Aunque Crozzo había elegido cuidadosamente sus palabras para no alterarlo, estas hicieron que Argonauta recordara algo importante. No era el único a quien Crozzo había salvado.

—¡¿Dónde está ella, dónde está Olna?!

La plaza de la fuente en la ciudad bajo el castillo de la capital.

La chica que lo protegió hasta el último momento, rodeados por numerosos soldados.

Recordando claramente la situación de ambos, Argonauta finalmente logró apartar el dolor y levantarse.

—¿Apenas despiertas y ya te preocupas por los demás? Qué tonto tan patético.

Una voz sarcástica se oyó a su lado.

—¡Olna...! ¿¡Estás bien!?

—Por supuesto. No tengo ni un rasguño... tú, en cambio, estabas mucho peor. —Olna lo miraba desde el lado opuesto de Crozzo. Aunque comenzó con tono irritado, al final sus palabras dejaron entrever una sombra de preocupación.

Argonauta la observó, arrodillada y con una actitud más débil de lo que jamás había visto en ella. Por un momento, se quedó sorprendido, pero luego le regaló una suave sonrisa.

—¿Estabas preocupada por mí? Gracias.

—..... —Al ver su sonrisa y escuchar como le agradecía, la joven rápidamente frunció el ceño con enfado. Sus mejillas, iluminadas por la luz del fuego, ardían de un rojo intenso.

—Pero, este lugar... —Argonauta giró la cabeza de un lado a otro, observando su entorno.

Era un campo abierto, desolado, con un aire de abandono.

El suelo desnudo, ahora bajo el cielo nocturno, parecía azul, como la superficie oscura de un lago.

Estaban rodeados por tres lados de pequeñas colinas escarpadas, formando un semicírculo, con la fogata en el centro. Más allá de las colinas no se veía nada, y en la única dirección despejada apenas se distinguía una cresta difusa en la oscuridad de la noche.

—¿Estamos... en los páramos fuera de la capital?

—Sí. Y para que lo sepas, estamos bastante lejos de la ciudad. Aquí podemos mantener el fuego encendido sin preocuparnos de que

nos encuentren desde la capital. —Crozzo, aún de pie, echó un vistazo detrás de él y luego a la fogata, observando el humo que ascendía—. Seguramente preferirías estar en una habitación con cama, pero parece que hay algo detrás de todo esto, ¿no? Tu compañera también insistió en que saliéramos de la ciudad.

—.....

Crozzo volvió a mirar hacia Olna. La chica apartó la mirada con una expresión malhumorada, manteniéndose en silencio.

—...Primero, déjame agradecerte. Nos has salvado, aunque no nos conocías. Soy Argonauta.

Ya comprendiendo la situación, Argonauta expresó su gratitud al joven que los había ayudado a escapar de la capital. Mientras lamentaba no poder levantarse para hacer una reverencia apropiada debido al dolor, Crozzo, como si no le importara en absoluto, le devolvió una sonrisa enérgica.

—Ah, esa chica me contó sobre ti. Dice que siempre estás haciendo tonterías y causando alboroto, pero que, sin darse cuenta, ya no puede quitarte los ojos de encima.

—¡Yo nunca dije eso!

—Veo que ya te lo sabes, pero igualmente, yo soy Crozzo, un herrero sin éxito. —Crozzo le devolvió una sonrisa a Olna, quien murmuró en voz baja con una mirada severa. Luego, el joven herrero se dio unas palmaditas en la cintura, donde llevaba varias bolsas que contenían martillos y cinceles. Su atuendo, a excepción de los guanteletes y rodilleras que usaba para protegerse de los monstruos, era el de un verdadero artesano, con un delantal rojo que le daba un aspecto que casi recordaba a una falda—. Ahora, en la capital hay guerras todo el tiempo, ¿no? Pensé que tal vez podría vender mis obras, pero... parece que me metí en algo complicado.

—La verdad es que...

A diferencia de su sonrisa anterior, Crozzo mostró una sonrisa considerada, lo que hizo que Argonauta guardara silencio, sin saber qué decir. Olna también se quedó callada.

Ambos estaban atrapados, sin saber si era correcto involucrar a su salvador en sus asuntos, en las oscuras intrigas de la capital.

—¡¡Grrruoooooooooooooooooooooh!!

El grito feroz sacudió las llamas de la tranquila fogata que danzaba frente a ellos.

—¿Monstruos?!

—¡Y además cuántos...! ¡Justo en este momento!

Olna y Argonauta se giraron rápidamente, y ante sus miradas vieron varios ojos brillando en la penumbra.

Lobos grises, criaturas con cabezas de perro, e incluso una bestia de gran tamaño.

En una situación sin Feena y los demás, el número de enemigos parecía desesperanzador.

Olna, siendo una adivina, no podía luchar. Argonauta, intentando protegerla, trató de levantarse de inmediato, pero casi se desplomó y fue Olna quien, diciéndole «¡No hagas tonterías!», lo sostuvo.

Aun así, Argonauta decidió enfrentar la situación y, sin abandonar su determinación, sacó un cuchillo de su cintura.

—Aah, descansen ustedes. Yo me encargaré de todo. —Con una actitud despreocupada, Crozzo dijo eso. Como si solo fuera a preparar una comida para sí mismo, avanzó con facilidad.

—¿Encargarte de todo?! ¿Sabes cuántos hay?!

—Bueno, solo observa. —Crozzo no perdió su calma ni siquiera ante el reclamo de Olna.

Enfrentándose al grupo de monstruos, el joven mantuvo una postura natural y entrecerró los ojos en silencio.

El cambio ocurrió de inmediato tras eso.

Desde el cuerpo de Crozzo, comenzaron a desprenderse pequeñas partículas de luz, como fragmentos de fuego que flotaban alrededor, tal como lo haría un herrero trabajando en una fragua.

—¿Esas chispas salen de su cuerpo...?!

Argonauta no podía creer lo que veía, mientras Olna, sorprendida, murmuró:

—¿Es igual a la luz de fuego de cuando nos salvó...?

Recordó el momento antes de escapar de la capital.

Argonauta y Olna, rodeados por soldados, habían sido salvados por un poder de fuego.

—Se los explicaré después. Ahora... vamos, «Urus». —Crozzo lanzó una mirada a los atónitos Argonauta y Olna, antes de volverse hacia adelante.

Con una gran espada que brillaba con una luz resplandeciente al hombro, habló como si invocara algo desde su interior.

En ese instante, un torrente de llamas escarlata estalló desde su cuerpo.

La explosión de fuego, similar a una explosión, hizo retroceder tanto a los monstruos como a Argonauta y Olna.

Mientras un «espectro de flamas», que tenía la silueta de una persona —de hecho, desde una inspección más cercana, una figura femenina— surgió del cuerpo de Crozzo como una ilusión ardiente.

Con una sonrisa en los labios, Crozzo se impulsó hacia adelante con fuerza.

—¿¡Oooooooooooooohhhhhhhh!?

Los monstruos soltaron un grito desgarrador, y al mismo tiempo se escuchó el rugido de las llamas.

El primero en ser destruido fue el lobo gris que estaba al frente.

La gran espada, cubierta de llamas, lo atravesó con un corte vertical, y el lobo fue completamente aniquilado. Incluso las cenizas que quedaron se consumieron en el fuego.

Luego, con un amplio golpe horizontal, Crozzo generó un anillo de fuego abrasador, incinerando a todos los monstruos de cabeza de perro que se encontraban en su trayectoria.

Mientras los sonidos de las llamas y los gritos resonaban dolorosamente en el aire, los movimientos de Crozzo no se detuvieron. Con la agilidad de un hombre bestia, saltó por los aires, lanzando un golpe desde lo alto.

Destrucción. Fuego abrasador. Gritos desgarradores.

Los monstruos, uno tras otro, fueron consumidos y reducidos a cenizas por el joven de cabello rojo, quien desataba destrucción y llamas a su paso.

—¿¡Gru, gryiiiihhhhhh!?

El último de los grandes monstruos, dominado por el miedo, intentó huir.

Pero fue inútil.

Crozzo bajó su gran espada desde su hombro en un corte diagonal, y una hoja de fuego en forma de medialuna cruzó el aire, eliminando la distancia y partiendo al monstruo por la mitad desde atrás.

El gran monstruo, cortado en diagonal, no pudo emitir siquiera un último grito de muerte, y su cuerpo, ahora un amasijo de carne ardiente, cayó rodando al suelo con un estruendoso rugido de fuego.

—¡Fue en un abrir y cerrar de ojos...!

Argonauta y Olna no dejaban de quedar atónitos.

Al confirmar que no quedaba ningún monstruo alrededor, miraron a Crozzo, que regresaba con su espada descansando sobre su hombro, con una mezcla de respeto y miedo.

—¿Esa llama es igual o incluso *más* poderosa que la magia de Feena?

—...Es demasiado fuerte, ¿no? Es ridículo...

Olna, pasando del temor al desconcierto, miró a Crozzo como si fuera una criatura invencible cuando él, con su habitual tono despreocupado, respondió:

—¿Ves? Todo salió bien, ¿no?

—Pero... espera un momento. ¿Cómo es que tú, sin ser siquiera un elfo, puedes usar ese poder...?

Los elfos, al ser una raza mágica, podían usar «magia», pero los humanos comunes no. No importaba cuánto se entrenaran, sin el don innato, era imposible.

Cuando Argonauta expresó la duda más natural, Crozzo levantó la mano derecha como si estuviera llamando a un pájaro.

—Una vez, salvé a un «espíritu» de unos monstruos. Y casi muero en el intento...

En ese instante, la misma «ilusión de fuego» reapareció en el aire y jugueteó, envolviendo los dedos de la mano derecha de Crozzo en llamas.

—...Pero a cambio, el espíritu me dio su «sangre» y logré sobrevivir. Desde entonces, tengo esta «peculiaridad».

—¿La sangre de un espíritu?!

—Sí. Ahora, aunque no soy un elfo, puedo usar «magia», y las armas que fabrico con dedicación pueden liberar fuego, hielo y otras cosas.

—¿Podría ser... un «milagro» del espíritu?

Las exclamaciones sorprendidas de Argonauta y Olna resonaron bajo la luz de la luna.

Un humano que albergaba la «sangre de un espíritu».

Ese era el verdadero ser de Crozzo, y el secreto detrás de su abrumador poder.

En esta época, a los «espíritus» se les conocía también como las «encarnaciones de los milagros».

Controlaban fuerzas naturales como el fuego, el agua, el rayo y el viento, y su conciencia era siempre débil. Se decía que solo otorgaban su poder a los humanos que reconocían, acompañándolos como compañeros de por vida. Aunque podían comunicarse, solo eran capaces de realizar movimientos simples, casi animalescos. Nadie sabía con certeza cómo nacían o de dónde venían. No obstante, como concedían «milagros» que ahuyentaban a los monstruos, muchos los llamaban «mensajeros del cielo» o «enviados de los dioses».

Lo que era seguro es que los «espíritus» eran seres que se oponían a los monstruos y, al mismo tiempo, diferentes tanto de los humanos como de los semihumanos eran «habitantes del misterio».

—Este es mi «poder» y mi «secreto», eso es todo.

Crozzo lo dijo de forma casual, sin preocuparse en lo más mínimo. Argonauta y Olna nunca habían visto a nadie que albergara la sangre de un espíritu. Aunque fuera algo adquirido después, ¿no se le podría llamar un «semiespíritu»?

Para Crozzo, el hecho de haber salvado a un «espíritu» no era nada más ni nada menos que eso. Pero los demás sentían la urgencia de saber más sobre cómo había ocurrido todo.

—Bueno, ahora es su turno de contarme sus problemas. Aún no me han explicado nada. —Sin embargo, antes de que Argonauta pudiera hacerle preguntas, Crozzo se adelantó—. Después de todo,

les salvé la vida, ¿no? Creo que tengo derecho a saber. —Mientras encogía los hombros, su cabello rojo como el fuego se agitaba.

Ante la sonrisa de Crozzo, Argonauta permaneció en silencio unos momentos antes de asentir.

—...Sí, es verdad. Sería desagradecido no contarle. La verdad es que...

Argonauta comenzó a hablar.

Relató lo que había sucedido en la capital, desde la invitación como «candidato a héroe».

Habló de la verdadera identidad del siempre victorioso general, «Minos el Rey del Rayo».

De cómo había estado devorando ejércitos de otros países y monstruos como «alimento», siendo en realidad un toro de guerra carroñero.

Mencionó las «Cadenas Místicas», el origen de todo, un artefacto divino detrás de todo.

Y cómo la princesa estaba a punto de ser sacrificada como ofrenda para controlar al toro de guerra.

Que como Argonauta, que había intentado rescatarla, cayó en una trampa y fue separado de su hermana y de sus otros compañeros.

Mientras Olna lo observaba en silencio sin interrumpir, Argonauta reveló la verdad sobre la capital y su situación.

—Ya veo... así que eso fue lo que sucedió. —Crozzo, tras escuchar la historia, sonrió con tranquilidad mientras cerraba los ojos.

Asintiendo repetidamente como si estuviera saboreando cada palabra, de repente abrió los ojos de par en par.

—...¡No me digas que acepte todo esto con calma! ¿Un toro salvaje? ¿Un sacrificio? ¡Oye, creí que la capital era un paraíso!

—Qué rápido te adaptas a la situación... —Olna lanzó una mirada de desconcierto al joven herrero, que estaba nervioso, pero aún lograba hacer comentarios sarcásticos.

Por otro lado, Argonauta respondió con una expresión seria.

—Todo es cierto. Por eso, ahora soy considerado un criminal peligroso en la capital... Creerlo o no, depende de ti...

—...Te creo. Aún tengo confianza en mi capacidad para juzgar a las personas. No parece que estén mintiendo. —Crozzo no dudó ni por un momento de la historia increíble que, para otros, habría sonado como las excusas absurdas de un fugitivo.

El herrero, que se consideraba un artesano, solo confiaba en lo que podía ver con sus propios ojos.

Esa sinceridad y rectitud de Crozzo le dieron un respiro a Argonauta, quien esbozó una pequeña sonrisa.

—¿Y qué planeas hacer ahora? Aparte de la princesa, tu hermana también sigue en la capital, ¿verdad?

—.....

—...Necesitamos tiempo. Aún no ha pasado ni un día desde entonces. —Olna, que hasta ese momento había permanecido en silencio, intervino mientras la expresión sombría de Argonauta era imposible de ocultar—. Con todo lo que ha pasado, ahora yo también soy una fugitiva de la capital. Impulsivamente protegí a este hombre, y ahora me arrepiento.

—¿Ah, sí? ¿Entonces por qué estuviste tan atenta cuidándolo?

—¡¡Por supuesto que no lo hice!! —Olna, quien lanzaba palabras llenas de negación, se sonrojó de vergüenza por el comentario de Crozzo.

Argonauta, parpadeando sorprendido como si hubiera visto algo inesperado, fue interrumpido por un rápido codazo en su costado, lo que lo hizo gritar: «¿¡Buf!?».

Crozzo, viendo la escena extraña entre los dos, soltó una carcajada.

—Bueno, es verdad que necesitan tiempo. Yo me encargaré del fuego. Ustedes descansen un poco más.

—...Lo siento. Y gracias. De verdad...

Ante la sincera gratitud de Argonauta, el joven herrero sonrió nuevamente, casi como un hermano mayor.

—No te preocupes. Ya sabes lo que dicen: el camino es mejor con compañeros.